DISCURSO DEL ILTMO. SR.

D. EMILIO DIEZ DE REVENGA

DIPUTADO A CORTES POR MURCIA

Excmos. e Ilmos. Sres.:

Señoras. Señores:

Un azar muy afortunado para mí, poco venturoso para vosotros, oblígame en el solemne acto de constituirse públicamente el Conservatorio Provincial de Música y Declamación de Murcia, a extenderle el acta de nacimiento. Yo quisiera verlo envuelto en estos primeros momentos de su vida en más finos y mejor perfumados pañales que los que le presta mi palabra. Sean compensación bastante de esta deficiencia, los altísimos prestigios con que le asistís vosotros en esta solemnidad.

Es el nacimiento del Conservatorio murciano una manifestación más del hermoso resurgir de nuestras energías regionales. Creada la Universidad literaria como centro dinámico de un estado de cultura científica, bien pronto se manifestó el laudable pensamiento de dotar a Murcia de un Centro de Enseñanza de Música y Declamación que recogiendo las dispersas excepcionales condiciones de nuestra raza y el vigoroso temple de su complexión artística, despertara nobles aficio-

nes, pudiera y educara aptitudes, estimulara voluntades, regenerara energías y se constituyera en «alma mater» de una nueva generación que rememore y abrillante las glorias de aquellos insignes murcianos, cuyo nombre está perennemente en el recuerdo de todos, que aprisionaron el alma nacional en el pentágrama, sembraron la escena patria de inmarcesible laurel e hicieron hablar a los instrumentos musicales el divino lenguaje de la Música; y que se formaron para realizar todo esto, por nuestro abandono, lejos de la tierra de su nacimiento, aunque ofrendándola siempre con la gloria del renombre que conquistaron el reconocimiento de ese misterioso lazo e indestructible vínculo que unió y unirá por siempre a los que nacieron a la sombra de nuestra Torre con las tradiciones venerables, los caracteres peculiares y las costumbres típicas de este país, donde la hermosura del cielo y la fecundidad de la tierra suelen ofrecer doloroso contraste con el enervamiento de nuestra voluntad y la renunciación apática de una vigorosa y salvadora actuación.

Recogido el común sentir y la iniciativa de un benemérito artista murciano, en una campaña periodística dirigida por el laureado poeta y eximio escritor Jara Carrillo, bien pronto la ley de gravedad que rige el mundo moral como el mundo físico, hizo caer en manos del ilustre murciano don Isidoro de la Cierva la realización del propósito. Una Junta de Patronato presidida por él y compuesta de Profesores, literatos, artistas y personalidades murcianas, en sucesivas y laboriosas reuniones, concretó el proyecto en un reglamento orgánico otro de gobierno interior, un presupuesto y un cuadro de profesores; las Corporaciones Provincial y Municipal de Murcia hicieron la necesaria consignación, en sus respectivos presupuestos, con unánime alteza de miras. Cumplidas las disposiciones legales empezó a navegar el expediente del Conservatorio por el «mare magnun» de la burocracia oficial y cada vez que podía naufragar o encallarse, la mano experta, la voluntad patriótica y la legítima influencia del insigne murciano don Juan de la Cierva, a la menor instancia nuestra, allanaba los escollos, aceleraba las marchas y suprimía los riesgos. Así llegamos a obtener, con la valiosísima cooperación del insigne artista que para bien de España ocupa la Dirección general de Bellas Artes, la Real Orden que confirma la creación del Conservatorio y concede validez académica a los estudios elementales que en él se cursen.

Confirmado por la superioridad el cuadro de meritísimos profesores que la Junta de Patronato hubo de nombrar, ha quedado instalado

interinamente el nuevo Centro de Enseñanza artística, por munificiente concesión del Ecxmo. Ayuntamiento de Murcia, en el piso principal de la magnífica Escuela Graduada de la Plaza de Sto. Domingo que lleva también el nombre insigne de Cierva Peñafiel, por estar ese nombre unido a la reivindicación de los bienes destinados antaño a la Enseñanza. Así resulta que el recinto clásico de la Escuela, se allana a la irrupción del Arte Musical y Declamatorio que le pidió asilo. Una vez más la Ciencia, que es la Verdad, guardiana severísima de la rigurosa especulación, se confunde con el Arte, que es la Belleza, en esas regiones ideales donde Verdad y Belleza moran, puras, inmóviles, bienaventuradas, como las vió Platón.

—

No creo que ninguno de vosotros incurra en el error de considerar a la Música como un arte de mero pasatiempo: muchos conoceis las evoluciones de su parte especulativa: algunos, habeis compenetrado los temas del arte popular con los preceptos del arte erudito: todos reconocereis, sin duda, que hasta para los pueblos de inferior cultura la Música es más que un arte bello o de recreo, una necesidad de la expansión de su espíritu en los actos rituales, religiosos, mágicos y proféticos; los griegos extendían su acción al canto, a la declamación, a la versificación y a la danza: y lo pudieron hacer, por que hoy mismo se habla con propiedad de la música del lenguaje, y al verso lo consideramos como tal en cuanto es combinación musical de palabras y el arte métrica es aplicación de la Música al lenguaje, y la danza no se concibe sin elemento musical que regule sus movimientos. Por eso desde los más remotos tiempos la Música fué colocada entre las disciplinas liberales por Casiodoro, por Boecio, por San Isidoro, por todos los grandes institutores de la Edad Media; y el arte del sonido logró penetrar en Escuelas y Universidades.

El Bachiller Alfonso de la Torre, autorizado intérprete de la ciencia oficial del siglo XV en aquella novela alegórica y enciclopédica que tituló «Visión delectable», expone la elevada noción de la Música y sus efectos diciendo que es tanta su necesidad que sin ella no se sabría ninguna ciencia ni disciplina perfectamente. Y dice que «aun la esfera voluble del Universo por una armonía de sones es traída»: y ella es «refección et nudrimento del alma, del corazón y de los sentidos»; «et por ella se excitan y despiertan los corazones en las batallas y se animan y provocan a causas arduas y fuertes»: y por ella «son librados et relevados los corazones penosos de la tristura y se olvidan de las congo-

jas acostumbradas». Y por ella «son excitadas las devociones et afecciones buenas para alabar a Dios supremo et glorioso: et por ella se levanta la fuerza intelectual a pensar trascendiendo las cosas espirituales, bienaventuradas y eternas».

Aduzco tan autorizada expresión en esta sencilla partida de nacimiento, exenta de toda autoridad doctrinal y de todo ribete de erudición, para salir al paso de los que al mirar nacido nuestro Conservatorio, con todos los esfuerzos que supone siempre el advenimiento a la vida de un nuevo ser, los juzgarán mejor empleados en la creación de otras instituciones científicas, literarias, industriales e higiénicas, que también merece diligente actividad. Líbreme Dios de afirmar con Sizeranne que ahora no existe más que una religión, la religión de la Belleza, de la que Ruskin es profeta, y de decir con Roussel-Despierres y otros ácratas que sobre la ruina de la Moral, solo se levantará la Belleza en la humanidad del porvenir. Me limitaré a más elementales asertos para lograr la atención de los espíritus esclavos de la contradicción.

En las restauraciones sociales el arte de la Música es necesario porque el elemento constitutivo de ese arte es el más íntimo, el más sensacional, el más universalizado, el más humano. No hay que fiarse del snobismo regenerador de los que consideran a la Música como el ruído menos desagradable. Los mismos que declaran falsamente la jurisdicción exenta de su espíritu, son presa de los elementos motores de la emoción estética y de las vibraciones difusas del himno patriótico, del canto popular: y en sus labios rebeldes, se inicia contra su voluntad ese deletreo balbuciente con que buscan el unísono con el sonido escuchado y se rinden al encanto insuperable de la frase melódica.

Aún el genio árido y pesimista de Schopenhauer tuvo que confesar que la Música expresa lo que hay de metafísico en el mundo, «la cosa en sí» de cada fenómeno: y por eso añadía que ese arte es una metafísica del alma que se sustrae al razonamiento filosófico. No sabemos lo que representa, pero sentimos lo que expresa y el medio con que se nos comunica, el sonido, es la más comprensiva de las lenguas, armonía de las esferas, rumor de las aguas, bramido del huracán, grito de los animales, voz de la infancia, melodía para el hombre, sinfonía para la humanidad, madre del lenguaje, revelación de un ser invisible, trasfiguración suprema de la vida. (Muy bien).

—

Para conseguir tan altos fines de cultura artística se crea en Murcia

el Conservatorio de Música y Declamación. Sus primeros pasos se han deslizado en la senda del éxito: y siguiendo por ella, hoy que en esta solemnidad recibe su consagración oficial, tiene la ventura el nuevo centro de que la representación del Gobierno de S. M. se halle conferida al Excelentísimo señor Director General de Bellas Artes y que este cargo oficial lo desempeñe el insigne artista D. Mariano Benlliure, de genio tan maravilloso, de tan portentoso cincel, que su inspiración es el beso que las Musas helénicas, rozando majestuosas las aguas del Mediterráneo, vinieron a traer a las costas valencianas para depositarlo sobre la frente de nuestro egregio artista. (Gran ovación).

Y para que esa clase de ventura llegue a su colmo, aquí se halla presente con la representación del Real Conservatorio de Música y Declamación de Madrid, benemérito y glorioso santuario del arte español, el veterano e ilustre maestro don Tomás Bretón sobre cuya cabeza se dibuja la corona de la inmortalidad. Nunca pudo soñar mayor honor nuestro Conservatorio para el acto de inauguración que el de la asistencia de quien llena con su gloriosa obra un período de la Música española: de quien produjo el estupendo idilio musical que lleva por nombre Los Amantes de Teruel: de quien, paseando su inspiración por tierras de Calatayud produjo el hondo drama musical que palpita en el alma de La Dolores y vertió en su Jota los dolores y las ansias, las dulzuras y los heroismos, las pasiones bravas y los sentimientos nobles del alma nacional; de quien un día, felíz para la historia del Arte, se marchó de Verbena y enredando su inspiración en los flecos de dos mantones de Manila ceñidos a los garbosos talles de «una morena y una rubia, hijas del pueblo de Madrid», legó a la admiración de las gentes el más hermoso y castizo sainete musical que vieron ni verán los siglos. (Gran ovación).

Vosotros, insignes Artistas, Autoridades y representaciones, que honrais este acto, recibid todos el homenaje de nuestra gratitud.

Y vosotros, artistas y profesores; los que componeis el profesorado del Conservatorio y los que desde fuera debeis cooperar a sus enseñanzas, mirad a cuanto os obligais. Mirad cuanto es vuestro deber de aunar el esfuerzo y de disciplinar la voluntad. Tened en cuenta, que para cumplir vuestra misión no basta que ofrezcais a esa Juventud que empieza a poblar los salones del Conservatorio las enseñanzas meramente técnicas; es preciso que les hagais amar vuestro Arte; y esto no lo podeis conseguir si no llevais para él, altar en vuestro corazón y le ofreceis en holocausto todas las energías del alma; porque solo el ar-

tista que vé, siente y ama, es el que sabe hacer ver, hacer sentir y hacer amar.

Despertad las nobles aficiones de vuestros alumnos y convencedlos de que si pretenden arrancar al Arte un eterno laurel, por alto que frisen sus pensamientos, por grande y sutil que fuere su espíritu, todo lo podrán expresar con el lenguaje de la música. Porque si quieren decir amores y ternuras, «a lo mimoso y roncero» no hallarán fuera de ella expresiones más suaves ni más ricas mieles: y si les dá por lo grandioso y lo solemne en las notas del pentágrama hallarán férvidos y roncos sonidos para describir el estrépito de las batallas y los tremendos choques de la tempestad; y si su afición les inclina a los remansos apacibles y a las manifestaciones sencillas del espíritu, el idioma musical se convertirá en sus instrumentos en hilo invisible donde vibre su alma y se revelen las recónditas emociones de su vida interior.

¡Artistas murcianos! Mirad la alteza y la responsabilidad de vuestra misión. En cercano día, desapareceremos del Conservatorio los que ejercemos una acción meramente episódica y accidental. La solemnidad de hoy debe encender la llamarada de vuestros amores hacia el Arte que cultivais y en su purísimo fuego deben consumirse las rencillas personales que han sido siempre la maldita polilla de los más gloriosos blasones. ¡Que esa llamarada sea la luz esplendorosa que descubra el camino para que Murcia sea grande en la mansión augusta del Arte!

¡Artistas murcianos! El Conservatorio de Música y Declamación de Murcia, ha venido a la vida. Jurad mantenerlo, por vuestro honor. Si así lo haceis, Murcia y el Arte os lo premien; y si no, os lo demanden!

He dicho. (Grandes aplausos).

DISCURSO DEL EXCMO. SR.

D. MARIANO BENLLIURE

DIRECTOR GENERAL DE BELLAS ARTES

Señoras. Señores:

Ante todo, saludo con el mayor respeto a este culto auditorio y a las ilustres personalidades que componen la presidencia y cumplo muy gustoso el encargo del Ministro de Instucción Pública y Bellas Artes—con cuya representación me honro—de manifestaros lo mucho que siente no poder asistir a este solemne acto, al que se adhiere con el mayor entusiasmo.

Y ahora sed benévolos conmigo: no soy orador, y por eso reconozco mi gran atrevimiento al levantarme a hablar despues de haberlo he-

cho tan elocuentemente el Sr. Revenga y mi querido amigo el Maestro Bretón.

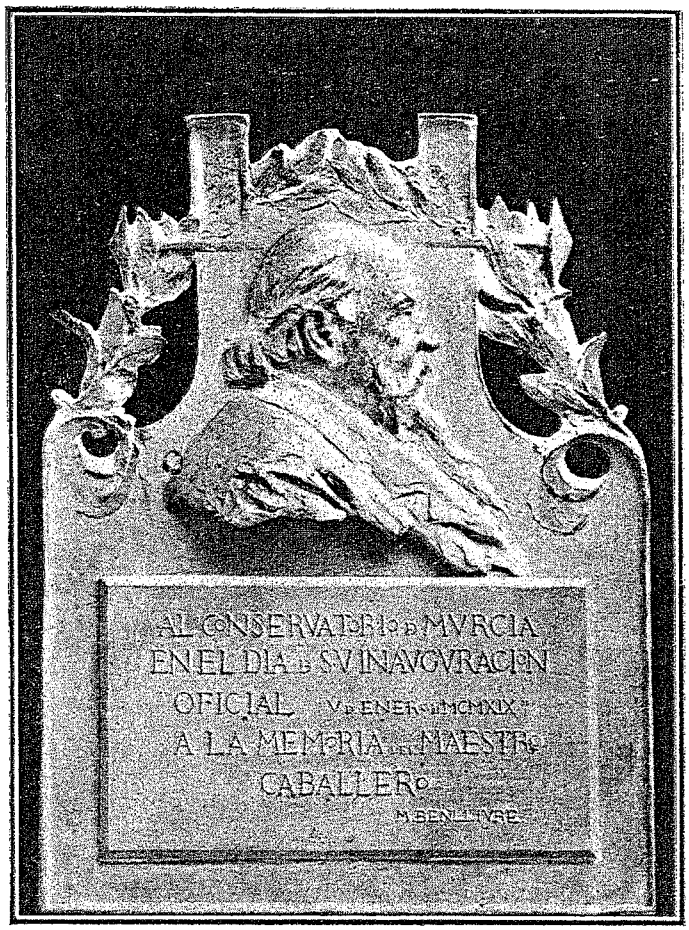
Siento muchísimo no ver aquí entre nosotros a D. Juan de la Cierva, doblemente por el motivo que nos priva de su presencia por encontrarse delicado; su bondad y su talento son inagotables, yo agradezco como artista, como buen español sus infinitas pruebras de amor al Arte y su protección a todo cuanto tiende a enaltecer nuestra cultura; solo a él se debe el haber incorporado al Estado este Conservatorio.

Dudé, francamente lo digo, de aceptar la amable invitación no sólo por el agobio de trabajo en que me encuentro en estos momentos, sino porque nunca responderá mi torpe palabra a la importancia del acto, ni al gran afecto que profeso a Murcia, hermana gemela de mi querida Valencia, ambas privilegiadas por la naturaleza con un suelo esplendido, lleno de luz que hace brotar de su suelo riquezas inagotables, el suelo y el cielo engendran su divino Arte. Tres nombres de Artistas hijos de Murcia acuden a mi memoria: Salzillo, cuanto mas veo sus obras mas las admiro, mas bellezas encuentro en ellas, su Angel parece inspirado y modelado por mano divina, es un asombro la armonía que existe en su modelado y colorido; Valdivieso, digno compañero de Rosales, en el Museo de Arte Moderno de Madrid poseemos un cuadro suyo que podría figurar junto a los grandes Maestros del Renacimiento, representa el cuadro el Entierro de Cristo y hay en él una particularidad que lo hace mas interesante, el haberle servido Rosales de modelo para el Cristo, es su retrato, aparece demacrado por la terrible enfermedad que le llevó a la tumba en plena juventud, a los treinta años; el otro nombre es el Maestro Caballero a quien me unían estrechos lazos de amistad, su inspiración fué siempre espontanea, como es siempre la de los genios, su labor fué genuinamente española.

Solo con esta trinidad de artistas bastaría para que Murcia ocupase un primer puesto en el mundo del Arte.

Nuestra riqueza artística es incalculable, y causa gran pena verla desatendida. Algunos elementos no quieren comprender el valor de este Tesoro y lo mucho qne enaltece a España; todos sabeis que el enaltecimiento de los pueblos se debe principalmente a las Letras, las Ciencias y las Artes.

Voy a terminar, dejandoos como recuerdo, mis últimas palabras cinceladas en bronce; aquí estan.....



.....yo os ruego que las acepteis, son mi única oratoria, teniendo por lo que representa un gran valor para vosotros. Meses antes de morir el Maestro Caballero, vino un día a almorzar a mi casa y cumplí con él una promesa antigua, modelar su hermosa y patriarcal cabeza. Cuando acabaron de fundirla, la desgracia hizo que ya no se la pudiera entregar, y la guardé como una de esas obras que los Artistas no nos desprendemos nunca de ellas; pero nadie con mas derecho que vosotros para conservarla.

Os repito la dedicatoria que dice así: «Al Conservatorio de Murcia en el día de su inauguración oficial cinco de Enero de mil novecientos diez y nueve a la memoria del Maestro Caballero». Y ahora solo me

queda daros las gracias, deseando con toda el alma a este Conservatorio una vida gloriosa y que pueda grabar en bronce muchos nombres de sus alumnos como el del Maestro Caballero. Y en nombre del Excmo. Sr. Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes queda inaugurado este Conservatorio. (Grandes aplausos).

DISCURSO DEL EXCMO. SR. D. TOMÁS BRETÓN

Director del Real Conservatorio de Música y Declamación de Madrid

Señoras y Señores:

Me es muy grato haber podido asistir a la inauguración del Conservatorio de Murcia, como es grato siempre contemplar la aurora de un nuevo día y traeros el más afectuoso y cordial saludo del ilustre Claustro del Conservatorio de Madrid, que hace votos conmigo y funda legítimas esperanzas en el brillante porvenir de este nuevo Centro musical de enseñanza. No paso de aquí ni os rindo hoy adjetivos pomposos que podrían sonar a adulación, porque iría contra mi particular modo de ser, y porque empezáis ahora la vida pedagógica oficial; mas abrigo sinceramente la fe de que muy pronto sabréis conquistar aplausos y lauros que acrediten y justifiquen plenamente el acierto que presidió a la creación de este organismo. Parecerá como que hay contradicción entre mi reserva de elogios presentes y la anticipación de los futuros, pero a mi ver no hay tal... Porque si el fin del arte es la belleza y muy principalmente en el de los sentidos ¿cómo sería posible que no respondais al cometido que se os impone, contando con vuestra bien conocida y probada competencia, y sobre todo, moviéndose en un ambiente tan estupendo de belleza y de luz como el que se respira por todas partes en esta tierra hermosísima. Así pudo ser cuna de tantos varones ilustres en los diversos ramos del saber, cuya enumeración omito por no hacer uso de erudicción barata, aludiendo sólo, pues nos hallamos en un centro artístico, a los nombres excelsos de Romea, Fer-

nández Caballero y Chapí, de la región al cabo, por no hablar sino de los que fueron.

Ved pues como no hay contradicción, entre mi reserva y mis augurios.

La tarea que habéis de realizar, que realizaréis seguramente, es por todo extremo simpática y trascendental. Hay una verdad tan conocida como poco estimada, sin duda por ser verdad, la cual nos enseña que el arte tiene más que nada, la virtud de unir y recrear a todos los espíritus; que si no es religión, se le parece mucho: y de todos los modos del arte, el tónico, es el que más directamente habla al sentimiento, el más fino, pues ni el sonido que nos encanta es dado ver al hombre; es también el más expresivo y el más social. Cierto que esa espiritual comunión, a que me refiero, se produce cuando contemplamos una bella obra arquitectónica, pictórica y escultórica, pero con la música ocurre, además de ese efecto de público, que los intérpretes de la obra musical suman a veces cientos de personas, que pueden ser, que son, en realidad, de caracteres e ideas diferentes, de creencias y opiniones distintas y sin embargo en el momento preciso de la ejecución, vibran todas al unísono, les embarga el mismo sentimiento, olvidando las diferencias que les separan y fundiéndose en un todo artístico, sublime, augusto, que les eleva y exalta a regiones más puras, hasta parecer como presciencia maravillosa de otra vida. Claro que pasados estos momentos, esas personas vuelven a ser como son... Pero algo queda del benéfico influjo de la música en los que la practican. Yo tuve hace tiempo, y por azar, la satisfacción de enterarme, leyendo un libro de estadísticas que los músicos son tal vez los que dan menos contigente a la criminalidad. Pláceme recordar un caso, citado por mí en otras ocasiones, por lo curioso y elocuente que es.

Los catalanes, se distinguen entre otras cosas por una gran afición a la musica; a tal punto, que en su región se cuentan por cientos los orfeones. Pues bien: en una ocasión, se combinaron tres o cuatro de estas entidades para dar unidas un concierto de esos que ligeramente se adjetivan de mónstruos; y sucedió que un día que estaban congregados para ensayar, al ir a sacar la música de la caja o armario en que estaba guardada, echaron de menos la llave, siendo inútiles los pasos que dieron para encontrarla. En tal situación y para no perder tiempo, pensaron forzar la cerradura por medio de algún hierro o instrumento adecuado y se pidió a los concurrentes en alta voz una navaja, cuanto más grande y fuerte mejor, para resolver la dificultad; pe-

ro entre los tres o cuatrocientos hombres reunidos, pertenecientes en su mayoría a la clase humilde, no se logró hallar una navaja ni chica, ni grande, ni fuerte, ni debil:

Estos efectos los obra la música. Ya veis lo conveniente que sería su difusión y propaganda. Y no creais exagerado ni atribuyais a egoismo, por la circunstancia de ser yo músico, la aplicación de estos argumentos; porque antes de que naciéramos los presentes y docenas de generaciones anteriores, ya se reconocían esas virtudes a la música sintetizada en la vulgar frase de tiempo de los paganos: «la música amansa a las fieras».

Y termino, dando las gracias más expresivas en nombre de los músicos españoles al insigne murciano e ilustre patricio que preside la admirable Sociedad de Conciertos titulada «Orquesta Sinfónica de Madrid», quien hace buen número de años me honra con su preciada amistad, el Excmo. Sr. D. Juan de la Cierva, por el apasionado empeño que puso y el éxito coronó en la fundación de este Centro Musical, cuya inauguración celebramos, saludando al glorioso artista que dignamente representa al Excmo. Sr. Ministro de Instrucción Pública y que para bien de todos ocupa la Dirección general de Bellas Artes con unánime aplauso de la opinión; a las muy corteses autoridades de Murcia, que van materialmente a porfía en el noble ejercicio de la hospitalidad, así como la culta y lisonjera Prensa local; estimulado a los notables profesores que constituyen el Claustro del Conservatorio de Murcia a mantener y superar si es posible la tradición artística de esta región privilegiada, y agradeciendo por último también a su primer simpático director el ilustre hombre público señor Díez de Revenga, la amable invitación que se sirvió dirigirme para tomar parte en esta fiesta memorable, lamentando que mis medios de expresión no permitan colocarme a la altura de las circunstancias y dándome al propio tiempo la ocasión de ofrecerme a vosotros en todo lo poco que yo pueda y valga». (Grandes aplausos).